

V.

Visiones.

El domador se detuvo, y el capitán Montpezat, que estaba profundamente impresionado, le miró algunos momentos en silencio.

Placial Estradère, con la cabeza inclinada sobre el pecho, con sus vigorosas manos, en que los huesos se marcaban con rosetas blanquecinas sobre su piel morena, cruzadas entre las rodillas, permanecía encorvado, con la vista fija en el pavimento, en la actitud en que puede considerarse colocada la estatua de la desesperación.

Gruesas lágrimas, impregnadas de una tristeza infinita, se deslizaban por sus pálidas mejillas. Las ventanas de su nariz se dilataban fuertemente, y se comprendía que aquel hombre cerraba enérgicamente los labios para no sollozar.

Semejantes sufrimientos bastaban á despertar el interés y el sentimiento más profundos.

—Vamos, vamos (dijo Montpezat). No se trata ahora de encender de nuevo el fuego que ya se ha extinguido, y os pido mil perdones si he despertado en vos...

—¡Me pedís perdón por haber despertado mis

recuerdos! (dijo Placial con ironía.) ¡Ah! ¿Creéis que un dolor semejante puede adormecerse? Nada tengo que perdonaros, Capitán, y sólo os debo agradecimiento. Confiar es siempre consolador. Y son raros los hombres á quienes yo pueda hablar de esto.

—¿El indio sabe?....

—¿Katchar? No; nada sabe. ¿Para qué contarle historias de traiciones? Él es como las bestias, todo instinto, y no sabe más que odiar ó amar apasionadamente. ¡Se ha consagrado á mí, sin analizar si soy bueno ó malo, dichoso ó desgraciado! No trata de conocerme. Me ha tomado cariño, y esto le basta.

—Ya veis que la humana especie no es tan mala,—dijo Montpezat.

—¡Pardiez! ¡Tened en cuenta que Katchar ha crecido en el desierto!

—Y yo, *paisano*, ¿dónde he crecido?

—¿Vos, Capitán? ¡Vos habéis envejecido en el Océano!

—Es verdad,—dijo el marino, sonriendo tristemente.

Después de algunos momentos de silencio, preguntó el Capitán:

—Pero esa mujer...., sí, la que tan indignamente os ha hecho traición...., ¿qué ha sido de ella?... ¿Vive todavía?

—Sí; aún vive....

—¿No sabéis la conducta que ha observado desde que os separasteis de ella?

—No; ni he procurado averiguarla.

—¿Por qué?

—¡Porque tengo miedo!

Decir que tenía *miedo* un hombre como Placial, era extraño.

—¿Tenéis miedo de ella?—preguntó Montpezat.

—No, de mí.

—¿De vos?

—Sí.

—¿Porque la odiáis y teméis que de nuevo os cieguen vuestros deseos de venganza?

—No, sino que.... ¿no os lo he confesado ya? ¡Dudo si la amo todavía!

Y levantándose bruscamente, dijo al marino:

—Dejemos esto, Capitán. Y.... ¡adiós!

—Yo espero que bastará con que os diga *¡hasta la vista!*—dijo Montpezat.

—Es poco probable que volvamos á encontrar-nos nunca, porque no pienso volver á embarcarme.

—¿Y creéis que yo he renunciado á dejar mis viejos huesos en Europa? ¡Vamos, *paisano*; una vez más os doy gracias por vuestro valor, en nombre de todos, y en el mío: os las doy también por la confianza que en mí habéis tenido! ¡Ayer os admiraba; hoy hago más: os compadezco y os estimo con la estimación viva y sincera de un marino! ¡Vuestra mano, Placial, por nuestra amistad *á vida y á muerte!*

El domador tomó la mano que el Capitán le tenía; pero su rostro se puso densamente pálido.

—¡*Á vida y á muerte!* (dijo). Habéis olvidado que cambié un compromiso semejante con Francisco Lecourbe, y que....

Se detuvo bruscamente.

Montpezat, que, sin recordarlo, había hablado con su habitual franqueza, se mordió los labios.

—¡Bah! (dijo Placial). ¡Esperemos que para hacer

enemigos á dos hombres honrados, no habrá otro demonio como Cecilia Hervier!

Y repitió en voz alta, estrechando fuertemente la mano del marino:

—¡Por nuestra amistad *á vida y á muerte*, Capitán!

Cuando se separaron, Montpezat retiróse á bordo, después de haber arrojado á su paso, bajo el mostrador del restaurant, el ramo de violetas de las pasajeras, y Placial fué á respirar el aire de la tarde mientras llegaba la hora fijada para la marcha de su colección.

El azar de que el domador había hablado al marino debía aquella misma tarde influir de una manera extraña en la vida de Placial Estradère.

La vida humana es una red, en la que cada malla está con frecuencia anudada por lo imprevisto, por la casualidad; hasta el día en que la muerte hace correr su tijera por aquellos frágiles hilos, que corta por una eternidad.

Placial recorría los muelles con la cabeza y el corazón henchidos de aquellos recuerdos que acababa de evocar, y sus pies pisaban con persistencia fatal la arista del muelle, como si hubiera deseado que un paso en falso le precipitase en una de aquellas dársenas, donde el flujo de la marea creciente batía los pilotes con sordo ruido, y hacía que chocasen unos contra otros los cascos de las barcas de pesca.

¿En qué pensaba? Indudablemente en todo aquel doloroso y sangriento pasado que se levantaba ante él con sus recuerdos dolorosos. Miraba maquinalmente los muelles llenos de curiosos, los vapores que encendían sus calderas prontos á ha-

cerse á la mar, cuando la campana de un *steamer* que levaba anclas para Southampton se hizo sentir, y atrajo sus miradas hacia su cubierta, donde se apiñaban los pasajeros, mirando por última vez las casas del Havre.

El *steamer* comenzó á andar lentamente, como si el vapor ensayase su fuerza, y Placial pudo ver con claridad, á la luz del sol que se ocultaba en aquel momento, las fisonomías de los pasajeros.

De repente lanzó un grito ahogado, y no pudo dominar un movimiento instintivo y rápido como para lanzarse hacia el buque, que se deslizaba ya con más velocidad. ¡Extraña visión! Casualidad de la vida, que hace á veces la realidad más inverosímil que el más fantástico cuento. El domador acababa de apercebir, allá, sobre la cubierta del *steamer*, de pie y mirando hacia adelante, envejecida, pero no desfigurada, aquella mujer á quien había amado tanto, y cuyo amor siniestro había hecho de él el matador de su amigo.

¡Cecilia! ¡No era posible dudarle, era Cecilia! Cecilia, enflaquecida, ajada, pálida, fatigada; pero, por lo que Placial podía distinguir, vestida con cierto esmero, con un lujo que podía calificarse de atrasado.

El domador tuvo tiempo suficiente de analizar su fisonomía y el traje que llevaba. Mas la impresión que le produjo esta aparición repentina, respondiendo á la confianza que había hecho poco antes, como si hubiese sido una evocación fantástica, fué sorprendente.

Miraba con ansiosa persistencia al paquebot que conducía á Cecilia, cuando á su lado vió á una jo-

ven encantadora, rubia, radiante, con la sonrisa en los labios, una sonrisa triste, que el domador adivinó más bien que apercebió: era aquella joven casi una niña, delicada, adorable, cuyo cuerpo cubría un chal escocés á grandes cuadros, debajo del cual parecía estremecerse ligeramete, por efecto del viento frío que soplaba.

Podía creerse que aquella joven era otra Cecilia, una Cecilia niña todavía, trémula y encantadora, que recordaba á Placial su primera entrevista con aquella que llevaba su nombre.

Y las dos, la verdadera Cecilia, la Cecilia envejecida y pálida, y esta nueva Cecilia, desconocida para Placial, desaparecían en lontananza, y se desvanecían como fantasmas, mientras que el *steamer* se alejaba, saliendo de las dársenas, saludado por los curiosos que habían acudido á presenciar su partida.

Bien pronto el buque se alejó del puerto, y sólo se le veía como un punto en el horizonte. Placial Estradère permaneció como clavado en quel sitio, preguntándose si aquella visión no había sido un sueño, una pesadilla, una alucinación de sus sentidos.

¿Era verdaderamente Cecilia?

Hubiera querido dudar; pero en el momento en que su mirada encontró la mirada de aquella mujer, ¿no había observado la terrible emoción que se apoderó de ella?

Aquella mujer, á su vez, había visto al domador; se había estremecido, y había hecho un movimiento como para huir aterrorizada, y en este movimiento había cogido, y estrechado contra su pecho, aquella niña que estaba á su lado tiritando de frío.

¿Había, pues, reconocido á Placial, como éste la había reconocido?

—¡Cecilia! ¡Cecilia!—repetía el domador, con una expresión cruel. Y á cada sílaba de este nombre se escapaba un sollozo de su pecho.

Placial se preguntaba de dónde venía, adónde iba, qué había sido de su vida durante tantos años, y por qué el azar la lanzaba de nuevo en su camino, como para despertar de una sola vez todos sus dolores, enardecer su cólera y abrir todas sus heridas.

Seguía con la vista al buque, casi invisible en lontananza, y se decía:

—¡La que fué mi dicha y mi esperanza, esa.... esa mujer!

Y dudaba si debía lanzarse al mar para alcanzar aquel barco lejano...., ó más bien (¡tentación eterna del suicida!) para sumergirse en aquella agua verdosa cuyos besos traen el olvido.

Por fin el buque desapareció por completo. Placial no apercibió ya nada.

Entonces se arrancó penosamente de aquel muelle donde había estado como clavado, y, como impulsado por la necesidad de saber, se dirigió con paso rápido hacia el despacho de los vapores del Havre á Southampton.

La agencia iba precisamente á cerrarse.

Estradère preguntó si podían enseñarle la lista de los pasajeros que conducía el vapor que acababa de salir del puerto.

—¿El *Rob-Roy*?—dijo con aire de mal humor un empleado, que sin duda tenía prisa por marcharse.

—Sí, el *Rob-Roy*, si es el *Rob-Roy* el que acaba de levar anclas.

El empleado presentó á Placial el registro donde se hallaban inscritos los nombres, y éste, de una sola ojeada, recorrió las líneas escritas recientemente.

De pronto dejó escapar un suspiro ahogado, lleno de cólera y de sufrimiento, al leer en una página su propio nombre: ¡Estradère!

«*Señora Cecilia Estradère y su hija*», decía el registro.

—¡Su hija!

Placial dió las gracias, y salió con la frente abrasada, la boca seca, y presa de una fiebre ardiente.

¡Aquella mujer llevaba su nombre!.... Se había inscrito en el registro con estas señas: ¡*Señora Estradère y su hija!*

—¡Su hija!

¡Cecilia tenía una hija! ¡Aquella criatura que se le parecía de una manera tan maravillosa, aquella joven rubia y delicada era su hija!

¡La hija de Cecilia! Una hija que se llamaba como él, Estradère, y que no había nacido de su sangre, puesto que de esta niña no sabía nada, absolutamente nada, ni el nacimiento, ni la infancia, ni la existencia siquiera.

—¿Y si fuese hija de Francisco?— se dijo estremeciéndose de rabia.

Después, este otro pensamiento terrible pasó por su cerebro:

—¿Y si fuese tu hija, desgraciado? ¡Sí, tuya, tuya, hija tuya!

Y no se fijó más que en esta idea; es la hija de Cecilia, ó, más bien, es Cecilia misma, joven, candorosa, sonriente; Cecilia tal como la había visto la primera vez, tal como la había conocido, tal cual la había amado; Cecilia, adornada de todas las

virginidades y de todas las aureolas. Sí, he aquí lo que representó para él aquella visión casi fantástica, que respondía tan maravillosamente á su confianza.

Y aquel nombre querido, aquel nombre que tantas veces había maldecido, acudía amargo y dulce á la vez, pero ardiente, abrasando sus labios.

—¡Cecilia! ¡Cecilia! ¡Cecilia!

Bruscamente emprendió la marcha hacia el camino de hierro. El tren estaba formado, y las jaulas de las fieras colocadas y amarradas sobre los vagones.

—¡Ah! ¡Por fin! (gritó el jefe de estación, al ver llegar al domador.) Os habéis hecho esperar.

—Todo está dispuesto,—dijo Katchar.

—¡Poco me importa, puesto que no marcharemos!—dijo Placial.

—¿Cómo?

—Ya no iremos á París; pero, en cambio, iremos á Inglaterra,—contestó el domador.

—¡Como gustéis!—dijo el jefe de estación.

—Pagaré á la Compañía la indemnización debida. Pero mañana en el primer vapor que salga, ¿entiendes, Katchar?, es preciso que emprendamos la marcha para Southampton....

—Sea (dijo flemáticamente el indio.) ¿Y desde Southampton?

—¿Qué sé yo?—dijo el domador.

—¿Qué te ocurre? (preguntó Katchar.) Estás muy pálido, Placial.

—Sí, debo estar pálido, en efecto. Si encontraras alguna persona á quien hubieras querido y á quien no hubieras visto desde hace muchos años, ¿no palidecerías tú también?

—Sí,—respondió lentamente Katchar.

—Pues.... bien....

Placial se detuvo.

—Katchar (le dijo): te repito que mañana mismo, si es posible, marcharemos para Inglaterra.

Las miradas del indio despedían fuego desde hacía un momento.

—¿Te contraría acaso volver á ver las nieblas de Londres?

—No (dijo el indio con voz extraña): de ningún modo. ¡Al contrario!

—¿Y por qué deseas volver á Londres?

—¿Que por qué deseo volver á Londres? Tú has hablado de encontrar á alguien. Pues bien: en Londres encontraré acaso á Tom-Black, y yo tengo que vengarme de Tom-Black.

—¡Tom-Black! ¿Quién es ese Tom-Black?

—¡Un cobarde!

—¿Qué te ha hecho?

—Me ha insultado cuando estaba prisionero. ¡Me ha castigado, á mí que era un niño! ¡Así es que, aunque temería volver solo á ver Londres, donde he sufrido frío y hambre, yendo contigo me consideraré feliz al hallarme de nuevo entre aquellas nieblas y entre aquellos lodazales, teniendo el derecho de erguir la cabeza y escupir á la cara á lacayos que se mofaban groseros del pobre indio cautivo, y se arrastraban humildes ante la insolencia de un amo!

La marcha para Southampton no tuvo lugar hasta tres días después, en que el Capitán de un vapor consintió en tomar á bordo de su buque las cajas de la colección. Durante la travesía, Katchar soñaba con aquel Tom-Black de que había hablado á

Placial, y recordaba la manera cómo el domador le había recogido y salvado en aquel Londres adonde ahora le llevaba.

Aquel hijo de la India, acostumbrado á la luz ardiente y á los días cálidos, á las largas noches claras y cuajadas de estrellas, había sido hallado por Estradère en Londres tiritando de frío entre aquellas nieblas malsanas, barriendo, para ganar la vida, las calzadas fangosas de la inmensa ciudad. Placial le había visto apoyado contra un árbol en Piccadilly, castañeteando los dientes, contemplando con ojos calenturientos los magníficos carruajes que pasaban, cuyos cocheros llevaban medias de seda y pelucas blancas empolvadas.

Estradère le había contemplado algunos instantes, y había sentido una emoción profunda á la vista de aquel muchacho cuya frente había besado el sol de Asia, que tosía ahora como un enfermo, al respirar el aire pesado, húmedo, y á veces infecto, de la villa inglesa. Entonces se había aproximado al indio, y con voz melancólica impregnada de piedad:

—¿Qué hacéis aquí?—le había preguntado en inglés.

El indio, adivinando la nacionalidad de Placial por su acento, le había contestado en francés:

—Ya lo veis; estoy barriendo.

—¿Para vivir?

—Sí, si á esto puede llamarse vivir: ¡barro para no morir de hambre!

—¿Por qué habéis abandonado vuestro país?

—Porque me le han arrebatado los ingleses.

Y los ojos negros del indio, mientras pronunciaba estas palabras, lanzaban relámpagos de cólera.

Placial le había hecho hablar entonces.

La especie de magnetismo que el domador desplegaba para obligar á las fieras á arrastrarse á sus pies, la empleó también para inspirar confianza á este hijo de los juncales que le contó su vida.

Su existencia había sido trágica. Hijo de un jefe indio que, valeroso, indomable, había tratado de insurreccionar contra los conquistadores un rincón de su patria, á los catorce años, Katchar había sido atado á la boca de un cañón, bajo la amenaza de ser dividido en dos por la bala, si no revelaba el lugar ó retiro donde se ocultaba su padre vencido.

Katchar contestó entonces sencillamente:

—¡Fuego!

Y continuó sonriendo. Se aplazó para otro día la ejecución.

Su padre, perseguido, cansado de combatir contra ciento, le había salvado la vida viniendo á entregarse al enemigo, que le hizo fusilar en el acto. El indio pensaba con frecuencia en aquel lugar de su patria, en aquel pequeño bosque cerca de Bombay, sobre el lindero del cual habían dejado, con la cara vuelta hacia al cielo, el cadáver del muerto. Cuando le dejaron libre, el pobre joven volvió á aquel sitio, y excavando la tierra con sus manos, logró enterrar la osamenta, medio roída por las alimañas, de aquel que le había besado poco tiempo antes. Después, creyendo que tenía derecho á ir á ocultar su dolor, á llorar y orar lejos de la villa, lejos de los uniformes rojos, fué cogido y conducido ante el Gobernador, que creyendo ver en él el retoño de una raza peligrosa, le hizo embarcar para Inglaterra. Un lord, pariente cercano

del virrey de la India, tomó á su servicio á este muchacho delgado, pensativo, enfermizo, y le había tomado á su servicio como lacayo.

Katchar, en los primeros momentos, había querido matarse para no sufrir la humillación de la servidumbre; pero habiendo reflexionado, pensó que, después de todo, él no era un lacayo, sino un esclavo, y aquella reflexión calmó su exaltado espíritu, decidiéndole á vivir: creció, pues, pensando en su país, en aquel paraíso donde reposaba su madre, á quien no había conocido, y su padre, muerto por la independencia de la India.

Cuatro años transcurrieron así. El noble lord trataba al joven con alguna deferencia, porque le proporcionaba el gusto de adornar su suntuoso palacio con un ídolo vencido, como hubiera podido hacerlo con una estatua arrebatada á un templo. Katchar, hijo de Djalí, era para el lord un trofeo viviente.

Un día, uno de los cocheros de lord Harrisson disputó con Katchar. Aquél hombre había bebido más que de costumbre. Llamó al pobre chico *perro asiático*, y le cruzó el rostro de un latigazo, haciéndole sangre en la mejilla.

Katchar se presentó á lord Harrisson, y le dijo: —Tom-Black es un cobarde. ¡Me pedirá perdón delante de todos, ó le mataré!

Lord Harrisson hizo un movimiento de indiferencia.

Pero tres días después, cuando los criados estaban comiendo, Katchar entró en el comedor con los ojos brillantes, y mirando cara á cara al cochero:

—Tom-Black (le dijo con voz amenazadora): dime

que sientes la brutalidad que has cometido conmigo el otro día, y que me pides perdón.

El cochero, que era un escocés fornido y musculoso, lanzó una carcajada.

—¡Dímelo!—repitió Katchar.

Tom-Black cogió su frasco de cerveza, y enseñándoselo á Katchar, le dijo:

—¡Me parece que estás alborado! ¿Quieres refrescarte? ¡Esto te calmará!

—Dime que sientes haberme cruzado la cara con tu látigo, Tom-Black, y que te arrepientes,—dijo el indio por tercera vez.

El cochero se puso á reír alegremente.

—¡Sea!—gritó entonces el indio.

Y saltando en seguida, con la fuerza muscular y la ligereza de un tigre, sobre la mesa en que comía Tom-Black, le cogió con la mano izquierda por el cuello, y con la derecha, armada de un cuchillo, le dividió la mejilla, precisamente en el sitio en que el látigo del cochero había brutalmente herido la suya. Varios criados se lanzaron sobre Katchar, pretendiendo desarmarle, mientras que algunas camareras se desmayaban, y el atlético Tom-Black, cubierto de sangre, se adelantaba con los puños cerrados hacia el indio, con intención de aplastarle con uno de esos terribles puñetazos de boxador, que son capaces de matar á un buey; pero se detuvo al ver que Katchar se disponía á atacarle de nuevo.

Afortunadamente para él y para el indio, dos ó tres lacayos se llevaron al cochero.

Katchar se retiró á su pequeña habitación, diciéndose que había hecho bien al devolver injuria por injuria, castigando al coloso.

Esta escena, que pudo haber tenido un desenlace trágico, irritó violentamente á lord Harrisson, que amenazó á Katchar con la justicia.

—¿Por qué se ha de mezclar la justicia en mis asuntos? (dijo Katchar.) El inglés ha derramado la sangre del indio, y el indio, á su vez, ha derramado la del inglés. ¡Estamos, pues, en paz!

Aquella misma noche el intendente del palacio anunció á Katchar que había dejado de formar parte de la servidumbre de lord Harrisson.

Katchar, mostrando en una sonrisa de alegría sus agudos y blancos dientes, dijo:

—¡Tanto mejor, pues así seré libre!

Iba á saber lo que cuesta la vida de libertad en aquel hormiguero que se llama Londres, donde los hombres se codean con furor para llegar más pronto y seguramente á su objeto. Katchar pasó entonces días sin pan y noches sin abrigo, y conoció lo horrible que era pasar la noche en los inmundos *refugios de White-Chapel*, en los alojamientos (*lodgings*) donde se duerme por algunos *peniques*, envuelto en mantas llenas de *miseria*, en tabucos pestilentes y malsanos, que parecen hechos á propósito para dar abrigo á criminales y para producir enfermedades.

Londres es la capital inmensa de la miseria. Multitud de chinos vegetan al borde del Támesis en centros malsanos. Katchar vivió entre aquellos chinos y aquellos alemanes, condenados á vivir en las horribles calles de la populosa ciudad.

No teniendo oficio, adoptó el único que podía producirle lo suficiente para vivir; y como tantos otros indios arrancados de otro mundo, y lanzados medio desnudos, miserables, tiritando de frío

en el inmenso Londres, se ocupó en barrer las calles.

Pero no podía soportar aquella villa, y se moría. La anemia daba un tinte cadavérico á sus mejillas bronceadas; una melancolía sombría cubría sus ojos soñadores, y cuando Placial Estradère le encontró en Piccadilly, tenía ya en sus pupilas el sello de la muerte.

Estradère le había salvado. ¡Él fué quien le arrancó de la miseria, de la humillación; quien, alejándole de Inglaterra, le separó de aquellos *uniformes rojos* que allá, en su país, habían fusilado á su padre! ¡Él fué quien devolvió á Katchar el aire libre, el espacio, el mundo! Con él había pasado el indio el mar, visitado la América, y vivido, en fin, dichoso. Ordinariamente, permanecía pensativo en medio de la colección, contemplando con sus grandes ojos de terciopelo el infinito. La vida no parecía existir en sus negras pupilas más que cuando las fijaba en los animales confiados á su cuidado, ó en Placial Estradère.

Entonces una llama singular, como la que los había animado cuando se halló delante de las serpientes á bordo del *Mistral*, ardía súbitamente en sus grandes ojos. Katchar contemplaba los tigres con una emoción y una especie de voluptuosidad feroces, como si aquellas fieras le hubieran recordado su patria. Por la noche, su placer consistía en dormirse cerca de las jaulas, cubierto con una manta rayada, y soñar con su cielo azul, con sus grandes ríos de transparentes aguas y sus blancos palacios de Bengala.

En cuanto á Placial, Katchar tenía por él la admiración del creyente por su ídolo, la del hijo

hacia su padre; como un día le preguntasen si Placial era bueno:

—¿Que si es bueno? (respondió el indio.) ¡Bueno como el sol que calienta, como la sombra en verano, como el fuego en el invierno, como el viento de Mayo, como el pan de trigo!

Una seña de Placial hubiera bastado para que matase ó se hiciera matar.

Katchar no tenía más compañeros y amigos que Placial y sus fieras; pero para él eran bastantes. Amaba á sus tigres. ¿No había sido arrullado en su cuna con rugidos semejantes á los que lanzaba *Tiberio*? Los leones le conocían, y él se complacía en pasar sus manos sobre sus melenas doradas. ¡Gracias á Placial Estradère, gozaba de la alegría de vivir en sociedad con aquellos animales que jamás le habían ocasionado una lágrima, y que le consolaban del mal que le habían causado los hombres!

Una especie de misantropía parecida, y sufrimientos análogos, unían á Katchar y á Placial.

Corriendo el uno en pos de una visión, y el otro evocando un recuerdo, mientras el *steamer* navegaba con rumbo á Southampton, durante la noche, en que los ruidos del mar se confundían con los acompasados y estridentes ruidos de la máquina, Placial decía: «¡Cecilia!», y Katchar repetía: *Tom-Black*.

Y el uno pensaba en aquella niña que había visto como en un ensueño, y el otro en aquel grueso y atlético escocés embriagado de *gin*, que le había insultado en otro tiempo, creyendo ambos tocar la realización de una esperanza, de un deseo, ó de una venganza en el mismo nombre: *Londres*.

VI.

Genoveva.

La mujer que Placial Estradère había visto de pie sobre la cubierta del *steamer*, al lado de la joven pálida y delicada, era, en efecto, Cecilia, aquella Cecilia Hervier que la ley permitía que se llamara señora Estradère.

Se había alejado de París, y ahora abandonaba la Francia, no hallando medios para sostener la vida que había llevado desde la horrible aventura del *Hôtel de l'Isère*, drama escandaloso que la había puesto de moda. El proceso á que dió lugar la muerte de Francisco Lecourbe no podía menos de hacer á Cecilia objeto de la atención pública.

Durante algún tiempo disfrutó de la siniestra celebridad que va unida siempre á las heroínas de los tribunales, que hacía cuarenta años había llevado gran concurrencia á un café, donde puede decirse que reinaba como soberana, Saturnina Lassave, querida de Fieschi.

Cecilia Hervier había llegado fatalmente á una celebridad en París. Los periódicos habían elogiado su belleza, hablado de su actitud en los debates, en términos que excitaban la curiosidad de los desocupados. Cuando se halló sola, y volvió á la vida